

VIOLENCIA JUVENIL

La agresividad

La agresividad es innata en el ser humano, se basa en la lucha por la existencia y sirve a la función de supervivencia. Pero hace mucho tiempo que ha dejado de tener sentido como “modus operandi” para sobrevivir, ya que en la civilización la existencia de los individuos se sostiene en el entramado social que ha creado la cultura. Este entramado se ha construido a base de mucho esfuerzo y tiempo, no es algo que surgiera espontáneamente, ni tampoco que se sostenga solo. Requiere de una atención y esfuerzo constante para su mantenimiento ya que está permanentemente amenazado por los impulsos destructivos de los humanos.

La destructividad

Estos impulsos agresivos que tenían su razón de ser y su utilidad para mantenerse vivo, se quedaron sin su objetivo natural y es ahora cuando se desvían hacia objetivos destructivos si no tienen unos diques de contención y una elaboración que pueda convertirlos en deseos constructivos y de unión social.

Actualmente, podemos contemplar diversos ejemplos de destructividad, ya sea contra los semejantes, contra las instituciones o contra los bienes de uso común.

Jóvenes violentos

Centrándonos en una parte de la población juvenil, la agresividad parece cobrar un alcance desmesurado que llega a traducirse en conductas muy violentas.

¿Qué ocurre con los jóvenes que tienen estos comportamientos?

Cuando se llega a la adolescencia hay una eclosión de los instintos que aparecen con una fuerza inusitada, pudiendo conducir al/la joven a actuaciones destructivas. Esto puede ocurrir, especialmente, cuando el/la joven no han tenido una adecuada formación y sostén en el seno familiar.

Papel de la familia

En cuanto a los hijos, es función de la familia transmitir los valores sin contradicciones; ejercer la autoridad y mantener los límites con firmeza, lo cual es fundamental para una sana constitución psíquica y su desarrollo.

Cuando estas funciones se realizan de forma flexible y dialogante, el niño/a, posterior adolescente, se siente querido y que importa a sus padres, ello le dará la seguridad precisa para la esperanza, la reflexión y la ilusión.

Porque cuando no se pueden generar esos recursos, el sujeto se orienta a la necesidad incesante de cosas materiales y la consecuencia de que la satisfacción constante e inmediata de los deseos enloquece, no permite el aprendizaje, no da felicidad y deja a los jóvenes sin salida, irremediabilmente abocados a una inmadurez perpetua, al consumo de drogas u otras dependencias (juego con las máquinas, etc.) o a la descarga violenta por la propia descarga.